

Profesor de profesores y maestro de juventudes

LA MUERTE DE CARLO FEDERICI

Darío Valencia Restrepo

El 8 de abril de 1948, la víspera del asesinato del líder político Jorge Eliécer Gaitán, llegó a Bogotá Carlo Federici, procedente de Italia. Aunque su país de origen estaba casi devastado por la reciente guerra mundial, es muy elocuente que el visitante, contratado para ofrecer un curso de dos años en la Universidad Nacional, decidiera permanecer en Colombia el resto de su vida a pesar del terrible “Bogotazo” que presenciara en forma personal. Un fecundo y ejemplar período de vida que se extendió casi 57 años, para bien de la ciencia, la cultura y la educación en nuestro país, hasta su reciente muerte en la capital el pasado mes a la edad de 98 años.

Formado en las disciplinas de la física y la matemática en la Universidad de Génova, su recia y a la vez amable personalidad concentró ingentes esfuerzos a la introducción de la lógica en la ciencia básica y la filosofía; al trabajo interdisciplinario que se oponía a los tradicionales estudios por asignaturas aisladas; a las investigaciones pedagógicas de nuevos conceptos que estimularan la voluntad de saber mediante un proceso de interacción entre profesor y discípulo; y a una formación de maestros como respuesta al compromiso de la Universidad con todos los niveles educativos. Esto último tuvo gran importancia para Federici pues no podía aceptar el poco aprecio social de los ciudadanos por la labor de los docentes, y se sentía muy afectado al observar una educación de los niños basada en procesos memorísticos y autoritarios. En suma, un precursor de la auténtica cultura académica en el país y un apóstol de la renovación de los procesos de enseñanza-aprendizaje.

El mundo universitario se benefició de sus aportes al desarrollo de las ciencias básicas, en particular de una matemática que trascendiera lo puramente instrumental. Contribuyó a la creación de la Facultad de Matemáticas de la Universidad Nacional en Bogotá, hoy convertida en departamento con el mismo nombre en la Facultad de Ciencias. Su preocupación por el rigor y la claridad dejó huella indeleble en sus colegas, alumnos y amigos.

Para Federici la discusión era prácticamente un asunto de moral. El respeto por el diálogo y los puntos de vista argumentados, la consideración crítica de las opiniones propias y ajenas, el desarrollo a fondo de la comunicación, la ausencia de argumentos de autoridad y la búsqueda de las preguntas pertinentes, constituían todo un ideario para la construcción colectiva del conocimiento.

Pero aquella cautivante personalidad desbordaba las fronteras de la ciencia y los métodos de trabajo en la enseñanza, pues como todo humanista se refería con pasión a los grandes temas de nuestro tiempo y con dolor a las inequidades existentes. Era un deleite conversar con aquel espíritu ilustrado sobre artes y letras, sobre historia, sobre política, sobre ética...

Es preciso recordar que este distinguido educador estuvo en Medellín hacia fines de los años sesenta, invitado por la Facultad de Minas, con el fin de ofrecer un curso de lógica y metodología que hacía parte de uno de los primeros programas formales de posgrado

que se llevaron a cabo en esta ciudad. Que recordemos, allí fueron sus alumnos personajes hoy de la vida nacional como Gabriel Poveda, Juan Felipe Gaviria y Juan Camilo Ochoa. Quienes lo conocimos como profesor, o quienes tuvimos la fortuna de experimentar cierta cercanía con él, recibimos una influencia que nos ha acompañado en todo momento.

Para muchos de los ingenieros presentes en el curso mencionado, fue una excelente oportunidad para conocer por primera vez las teorías de Noam Chomsky sobre la lingüística, sorprenderse con un discurso sobre la relación de una composición musical de Bach con la teoría de la información, familiarizarse todavía más con la rigurosidad de los sistemas axiomáticos en la matemática, presenciar el desarrollo de un modelo de circuitos lógicos que explicaba el reflejo condicionado descrito por Pavlov...

Su humor era también una expresión de sabiduría, al igual que lo eran ciertos comentarios o frases muy gráficas. “Se domina un tema cuando uno es capaz de explicarlo a la primera persona que encuentre” decía para oponerse a los que disimulan su ignorancia con tecnicismos y disquisiciones oscuras. En cierta ocasión campestre durante su visita a Medellín, se reunió informalmente con algunos niños presentes y mostró cómo era posible que ellos descubrieran por sí mismos la existencia del número cero (concepto desconocido por diferentes culturas, entre ellas la romana clásica). “La elegancia en la demostración matemática no existe; dejemos eso a los sastres” “La demostración que hemos efectuado es tan natural como la suerte del mismo nombre en el toreo” “Lo importante no es llegar al puerto sino navegar” eran otros tipos de expresión que empleaba en sus exposiciones y conversaciones.

Cuando el autor de este artículo ocupaba la rectoría de la Universidad Nacional, tuvo el honor de recibir la visita inesperada de Carlo Federici, quien con sus 84 años acababa de subir por las escaleras los cuatro pisos de la edificación con el fin de conversar con su antiguo alumno. Con su lucidez habitual, manifestó que se encontraba elaborando el más importante trabajo de su vida, relacionado con la aritmética, una de sus pasiones. Sin que le fuera solicitado, el funcionario le brindó un modesto apoyo académico para que acelerara su investigación. Fue la última vez que el alumno pudo ver a su profesor de siempre.

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 13 de febrero de 2005